

LA CRISIS DE LA ALIANZA ATLANTICA

Nadie duda de que la Alianza Atlántica se encuentra, en estos momentos, atravesando una grave crisis; quizá la más grave de su historia. Son muchos y de índole muy diversa los síntomas de descomposición que afloran al cuerpo en crisis de la N. A. T. O.: la desarticulación orgánica provocada por las defecciones navales francesas, los estrangulamientos estratégicos en Cuba y Chipre, la interna rivalidad político-militar en torno de la fuerza naval atómica multilateral y sobre todo ello el clamor general pidiendo una nueva estructuración de la Alianza: El cuadro clínico no puede ser más confuso.

Para salir de esta confusión y situarse en vías de poder establecer un diagnóstico acertado sobre el caso, sería preciso bucear en la genética de los mencionados síntomas en busca de la raíz única y originaria, si es que existe, de los males que provocan la crisis que tratamos de analizar.

Esta búsqueda tiene que comenzar necesariamente por una investigación geopolítica, verdadero examen radiológico de cualquier situación de política internacional. Puestos a ello observamos, en primer lugar, que por ser la N. A. T. O. una coalición de carácter geopolítico esencialmente marítimo (el mismo nombre de "Alianza Atlántica" así lo pregona), todos y cada uno de los problemas presentados tienen un marcado tinte naval. En el plano orgánico las disensiones se han producido al retirar Francia sus barcos de los mandos de la organización en el Mediterráneo y el Atlántico, para retirar luego sus oficiales de los Estados Mayores que sirven a esos mandos navales. En el plano estratégico las dos zonas de grave fricción que ocasionan un definido enfrentamiento de intereses entre los miembros de la Alianza son dos zonas navales: dos islas: Cuba y Chipre. En el aspecto político, el profundo y vidrioso problema del control de la fuerza atómica se juega alrededor del concepto de Fuerza naval multilateral: buques de dotaciones internacional-

mente mixtas, armadas con proyectiles Polaris. Y, en fin: el problema de mayor significación y alcance: el de las reivindicaciones nacionales para ocupar los primeros puestos en los mandos de la Organización cristaliza igualmente en el ámbito naval, ya que lo que se discute, en primer término, es un reajuste de asignaciones de mandos navales en las zonas del Atlántico y en especial el mando de Iberlant (Mares Ibéricos).

Vemos, pues, que, como no podía menos de suceder, la crisis de la N. A. T. O. tiene un carácter geopolítico marítimo y en consecuencia debe ser estudiado en la luz de la estrategia y política navales.

Tras este primer reconocimiento en superficie, hemos de proceder a un análisis en profundidad mediante una investigación estratégica sobre la esencia misma de la Alianza.

Si en lo geopolítico la Alianza Atlántica está definida por su marcado carácter marítimo, en lo estratégico viene calificada por su calidad de Alianza defensiva.

La esencia estratégica de la N. A. T. O. está determinada por el hecho de ser una coalición militar pura y exclusivamente defensiva, cuyo primer objetivo, y casi único, es la defensa de Europa contra la posibilidad de una agresión armada soviética. Si medimos el grado de fortaleza, o de salud, de la Alianza por la robustez de los vínculos que unen entre sí a las naciones que la integran, observamos que, en este tipo de Alianzas defensivas, cuanto mayor sea la magnitud del peligro contra el que hay que defenderse, más robustos serán los lazos de unión entre los aliados y más elevado el índice de eficacia de la coalición y, a la inversa, cuando ese peligro se desvanezca o aparente desvanecerse, los lazos se aflojarán y la Alianza entrará inevitablemente en crisis. Toda Alianza defensiva está montada, en realidad, sobre el equilibrio de dos fuerzas: una fuerza centrípeta, que impulsa a la unión, a la asociación, a la cooperación, y que está fundada en un sentimiento de temor, y una fuerza centrífuga, desintegradora y dispersante que se fundamenta en un sentimiento de egoísmo. Resulta así que la N. A. T. O. bascula entre estos dos grandes impulsos instintivos: el temor que une y el egoísmo que disgrega.

En los años cincuenta, cuando el peligro ruso era patente, cuando en la política de Stalin primaba la agresividad sobre la cautela, el temor de Occidente era superior al egoísmo nacional de cada uno de los países occidentales y la N. A. T. O. constituía una Alianza fuerte, sana y coherente. En los años sesenta se ha venido desvaneciendo ese temor. Jrushev, más cauto

que Stalin, ha conseguido de forma admirable, mediante su política de coexistencia pacífica, dar una tranquilizadora impresión, sólo Dios sabe si real o ficticia, de renuncia a la agresión en Europa, con lo que ha conseguido que las fuerzas centrípetas de los egoísmos nacionales vayan imponiéndose sobre las centrífugas del temor colectivo, y en consecuencia, que la Alianza Defensiva Atlántica se resquebraje.

Resulta así que por el hecho del carácter exclusivamente defensivo de la Alianza Atlántica, el árbitro de la fortaleza de la coalición viene a ser, paradójicamente, el enemigo que la ha hecho necesaria: Basta con que Rusia se muestre dócil para que automáticamente, inevitablemente, la N. A. T. O., en su actual concepción de coalición militar defensiva, se debilite a golpes de los intereses egoístas, razonable y humanamente egoístas, digamos de paso, de las naciones integrantes de la Alianza.

Ahora bien, en el caso particular de la N. A. T. O., por tratarse de una coalición de carácter marítimo y ser marítimas cada una de las naciones que forman el pacto, el choque de intereses dentro de la coalición se manifiesta principalmente sobre el elemento común a todas ellas: el mar. Por eso, al producirse la relajación de los lazos que el temor mantenía firmes, lo primero que aparece como expresión de los egoísmos nacionales desencadenados es la apetencia de mandos navales dentro de la organización: Se produce con ello el fenómeno más curioso, el factor más notable del proceso crítico que estamos examinando y es que al aparecer en pugna los intereses particulares de cada nación, el primero de estos intereses está ligado precisamente a la existencia de la Alianza, ya que lo que cada nación pretende, con mayor o menor disimulo, es ni más ni menos que colocarse en un puesto de privilegio dentro de la Organización.

Resulta así que la existencia misma de la coalición está garantizada, pues a ninguna de las naciones integrantes le interesa su desaparición: ninguna ganaría nada con ello y todas perderían mucho: perderían su seguridad y la posibilidad de hacer sentir su poder sobre las demás naciones.

En resumen: el mal no pone en peligro la vida de la Alianza, pero a causa de las internas rivalidades por situarse en posiciones de ventaja, la condenan a vivir en unas condiciones de estéril raquitismo.

El foco maligno está localizado, pues, en la apetencia individual de poder de cada una de las naciones dentro del cuadro de la Alianza. Los principales protagonistas de esta carrera por los primeros puestos son, natu-

ralmente, las tres grandes potencias del momento, que son las que cuentan con armamento atómico: Estados Unidos, Inglaterra y Francia, quienes adoptan actitudes en consonancia con su actual situación y sus pretensiones definidas. Los Estados Unidos, conscientes de su agobiante superioridad militar en todos los órdenes: el 97 por 100 de la potencia atómica occidental está en sus manos y en sus manos está el absoluto e indiscutible dominio de los mares, no están dispuestos a compartir el puesto de dirección de la Alianza con ninguna potencia aislada. Sus esfuerzos se centran en mantener de la manera más dúctil y menos arrogante posible ese primer puesto que indiscutiblemente les corresponde. La actitud francesa es de franca disconformidad con el actual reparto de mandos y responsabilidades, ya que se siente, y no sin razón, postergada y en consecuencia aspira a una paridad de trato con Inglaterra, la cual, sabiéndose colocada en posición favorecida, reacciona haciéndose la sorda a las pretensiones francesas, sordera que Francia intenta perforar con clarinazos tan rotundos como la retirada de sus fuerzas navales, su desacuerdo al acuerdo de Moscú, su veto a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común y su desentendimiento en todos los problemas de los que Inglaterra es víctima: Chipre, Aden, etc.

Las potencias menores, desde Canadá a Turquía, desinteresadas en el fondo de la rivalidad franco-Británica, siguen con mayor o menor docilidad las admoniciones del director americano: aceptan la forma de multilateralismo atómico y respetan el *statu quo* del actual reparto de mandos.

Y entre los dos grupos de naciones: el grupo de los grandes y el grupo de los menores, una misteriosa incógnita: Alemania.

De momento la actitud de Alemania es la de una inteligente espera: Espera a que el tiempo horre las cicatrices psicológicas producidas en la conciencia del mundo por su actuación en la pasada guerra; espera que se apaguen los últimos coletazos del proceso de descolonización que a ella no le afecta, y sobre todo espera pacientemente la llegada de su anhelada reunificación.

Y mientras espera se alinea al lado del más fuerte, de los Estados Unidos, y evita enfrentarse abiertamente con nadie. Apoya con singular entusiasmo la idea norteamericana de fuerza atómica naval multilateral, que Francia rechaza de plano e Inglaterra no admite por completo; renuncia a la creación de armas atómicas que técnicamente podría fabricar con mayor facilidad que Francia o Inglaterra y no se inquieta por la obtención de puestos de mando dentro de la organización. Al final de esta espera alemana, cuya

duración no es fácil prever, ha de producirse un cambio en el equilibrio de poderes dentro de la Alianza que pudiera ser de gran trascendencia.

Formulado el diagnóstico de la crisis por la que atraviesa la Alianza Atlántica llega el momento de enfrentarse con el tratamiento, cuestión ésta más delicada, más difícil y de mayor riesgo; pero sobre la cual es posible, tomando como base los anteriores razonamientos, establecer ciertas premisas con visos de razonable validez.

En principio parece obligado renunciar a todo intento de tratamiento sintomático: empeñarse en atajar uno por uno todos estos síntomas más o menos graves de descomposición no sería terapéutica adecuada, aparte de su dudosa posibilidad. La terapéutica que exige la crisis de la N. A. T. O. ha de ser una terapéutica profunda y radical.

Sólo actuando sobre las raíces del mal, sobre el foco desencadenante de la misma crisis, podría ser devuelta la salud a la Organización, robusteciendo su coherencia.

Para ello el procedimiento está claro: reforzar al máximo las fuerzas centrípetas que sirven de aglutinante y reducir al mínimo las centrífugas sembradoras de la dispersión, lo cual sólo puede conseguirse actuando directa y decididamente sobre el mismo corazón de la Alianza: sobre su objetivo.

Como acabamos de hacer notar, el objetivo actual de la N. A. T. O.: la simple defensa militar de una Europa desunida, es un objetivo estrecho en lo geográfico, ya que se reduce a un sector, Europa y América del Norte, del espacio geopolítico naval en el que la Alianza debería estar encuadrada, que es todo el Océano Atlántico; es un objetivo inoperante en lo político, ya que por su cualidad esencial de defensivo pone en manos del enemigo la primera facultad de acción política: la iniciativa, y es un objetivo menguado en lo moral, ya que su fundamento vital arranca de un sentimiento inferior: el miedo.

Si el objetivo se ha quedado estrecho, se ha mostrado inoperante y carece de altura moral, sería preciso ampliarlo, vitalizarlo y elevarlo, dando con ello una nueva misión más trascendente a la Alianza.

La primera operación a realizar sería, pues, romper los límites geográficos en que se encuentra encerrada la Organización Atlántica y extender su acción a todo el ámbito que geopolíticamente le corresponde: la totalidad del Espacio Atlántico: echar abajo el muro establecido en el Trópico de Cáncer y dar entrada en la Organización al Atlántico Central y al

Atlántico Sur, lo que supone la incorporación efectiva de los pueblos del Caribe, de América Central, de Sudamérica y del Africa Atlántica: en una palabra, abrir las puertas del cerrado y exclusivista Club Noratlántico y transformarlo en una amplia y generosa congregación de pueblos atlánticos: desde Islandia al Cabo de Buena Esperanza y desde la Patagonia a Escandinavia. Los imperativos de la geopolítica de condición marítima así lo exigen.

Efectuada esa operación de ampliación geográfica, sería preciso marcar nuevos objetivos de mayor altura para esta nueva Gran Alianza: El objetivo de un verdadero Apoyo Mutuo en todos los órdenes: apoyo mutuo en lo político, en lo económico, en lo social y en lo militar entre todos los pueblos de la comunidad: apoyo recíproco, pues si los poderosos de hoy pueden atrincherarse en su actual poderío técnico-industrial, ese poderío puede venirse abajo si les faltan los dos pilares en que se apoya la viga de su prosperidad: las zonas de materias primas por un extremo y las zonas de consumo por el otro, y ambas están situadas, y en el futuro lo estarán más, al sur del Trópico de Cáncer.

Y por último, y como remate de esta grande y generosa Alianza Marítima Panatlántica, una elevación moral: No resignarse a la pasividad de una actitud puramente defensiva, sino, adueñándose de la iniciativa, proponer la liberación de los pueblos oprimidos por el imperio soviético mediante una actitud ofensiva, que en modo alguno significa agresión. Ofensiva en lo ideológico, en lo económico y en lo político.

Es de todo punto evidente que un cambio de objetivos tan radical y de tan dilatados alcances no podría efectuarse instantáneamente, quizá ni rápidamente; pero es posible que con sólo la tendencia hacia ese cambio, se pudiera provocar la necesaria reacción para detener primero y remontar después el estado de crisis en que lamentablemente ha caído la Alianza Atlántica.

JESÚS SALGADO ALBA.

NOTAS